

Eric Espinosa

La obediencia nocturna o los hijos del caos

El acto de la lectura supone, en repetidas ocasiones, una actividad solitaria, de pleno alejamiento de lo real. Como lectores podemos ser impulsados en extremo por los componentes y la forma de una extraordinaria trama literaria hasta advertir la sacudida de que hemos sido objeto al concluir nuestra lectura. Frecuentemente, eso sucede con los textos literarios que apelan de manera directa al segundo elemento que, de acuerdo con la tradición cristiana es la esencia del hombre, a saber, el alma. Y *La obediencia nocturna*,¹ de Juan Vicente Melo, es verdaderamente una novela que penetra y sacude al lector, al grado de llevarlo a una situación límite; una novela que avanza con asiduidad y de igual modo sorprende con grietas y fracturas durante toda la narración.

El texto del veracruzano, con *La rueca de Onfalia*² una de sus dos novelas, evidencia lo que guarda el alma humana, pero sobre todo lo que más le apetece. Las obsesiones y angustias que advertimos en el narrador, quien es también protagonista, son las mismas que el hombre tiene: la búsqueda del sentido de la existencia y, por extensión, de toda la actividad del micro y el macrocosmos, la idea de Dios, el amor, la identidad. A Juan Vicente Melo se le ha ubicado, como se acostumbra hacer con los escritores para facilitar una historia de la literatura, dentro de la llamada Generación del Medio Siglo, donde se encuentran también Sergio Pitol, Juan García Ponce, José Emilio Pacheco, entre otros. Se trata de una generación que, como apunta Armando Pereira, “compartía lecturas, intereses, anhelos y una misma voluntad de decir y decir libremente, fuera de los cauces convencionales y ajena a las normas de una cultura establecida. Fue todo ello lo que les per-

¹ Juan Vicente Melo, *La obediencia nocturna* (México: SEP, 1987). Las citas provienen de esta edición.

² Juan Vicente Melo, *La rueca de Onfalia* (Xalapa: Universidad Veracruzana, 2000).

mitió establecer los canales de una comunicación y los fundamentos de una amistad que los integraría como grupo".³

Sin embargo, a la manera de los profetas de las Antiguas Escrituras Hebreas, Vicente Melo hace de su escritura un acto premonitorio de la actualidad, un adelantarse con lo que sucedería exactamente en la época denominada posmodernidad. La posmodernidad y sus secuelas están dentro de *La obediencia nocturna*, y a la vez ésta contiene un cuestionamiento de aquélla. El propio discurso narrativo es una exaltación de los trastornos posmodernos. La ruptura, el constante quebrarse de lo que aspira a ser absoluto, es manifestada en el monólogo que constituye toda la novela: "Tomo un sorbo de ron, enciendo un cigarro, lo apago. Beatriz, ven. Un día me inscribí en la Facultad de Derecho. Conseguí llegar a la ventanilla después de esperar tres horas" (60). Así, las secuencias narrativas se interrumpen de modo abrupto para continuar con una más, siendo, en este caso, el único enlace el sorbo de ron del narrador protagonista. La composición fragmentaria de la novela es un aspecto, a nivel de la enunciación, de la posmodernidad. Súmese a esto el que, como inicio, los capítulos de la novela incluyen expresiones provenientes del discurso religioso en latín.

No obstante, la historia del texto novelesco puede ser reconstruida por el lector en un orden lineal, que va desde la infancia del protagonista hasta el problema existencial de una vida adulta a punto de la consumación. El narrador manifiesta claramente el deseo intenso por la edad infantil, la de juegos lúcidos, el regreso al paraíso del cual ha sido desterrado para deambular sin sentido en una escarpada ciudad: "Aquí está, a mi vista, la ciudad misma de siempre, la tarde interminable, la hora que indica el regreso a la casa, el indistinto fin de la jornada. Y la invariable pregunta: ¿Y ahora qué?" (10).

La sensación de desamparo, de vida desgraciada, de cansancio espiritual y la caída en el abismo de la desesperanza impregnan ya las primeras páginas de la novela. No hay propósito cognoscible que impulse la acción del personaje. No existe la entidad suprema que acaso rija la conducta del narrador; más bien, se está creando constantemente, se regenera de modo interminable el ser que imbrica todo lo necesario para sujetar un orden: Beatriz, el elemento inalcanzable que puede redimir el alma humana. El monólogo inicial del personaje se aproxima a las palabras de Dante en el comienzo de su *Divina Comedia*: "Hallábame a la mitad de la carrera de nuestra vida, cuando me vi en medio de una selva, fuera de todo camino..."

³ Armando Pereira, "La Generación del Medio Siglo", en *Juan García Ponce y la Generación del Medio Siglo* (Xalapa: Universidad Veracruzana, 1998), p. 127.

En efecto, así como en la miseria de Dante, privado, durante su exilio, de la cosas más queridas, el innominado protagonista de *La obediencia nocturna* se pierde en la desdicha y la perenne necesidad de Beatriz, a la vez que busca dentro de su sueño sus "cosas más queridas": "Podría recordar otras cosas que pasaron entre nosotros. Inventarlo ahora. Decías que veías una nube que figuraba un elefante. Mentira. Decías que veías un barco, una improbable embarcación con una bandera extraña porque pertenecía a ese país inexistente al que querías irte. Quisiera vernos juntos, en el malecón, en ese jardín que fue selva peligrosa habitada por fieras y gigantes furiosos" (26).

En consecuencia, podríamos decir que la novela de Juan Vicente Melo es un cuestionamiento del concepto de cosmopolitismo y todas sus implicaciones dentro de la mentalidad posmoderna. Si atendemos a la idea de orden y a la composición supuestamente correcta que está implícita en "cosmos", como concepto de la realidad que vivimos, tendríamos que decir que existe un proyecto que se encuentra dirigido a la producción de un estado ordenado, óptimo que, recordando a Kant, la Naturaleza concibe y para el cual todos los humanos deberíamos contribuir con base en el raciocinio. Mas la posmodernidad y su laicismo burlador buscan la edificación de ese designio para suscitar un estado de cosas mundial con límites perfectamente establecidos y alcanzar así –aunque parezca una paradoja– una globalización como culminación de ese proyecto.

La novela de Melo constituye una negación de la idea de la Naturaleza como una entidad ordenadora de lo real, una Naturaleza que semeja la divinidad rectora y que ha sido descartada bajo la frase "Dios ha muerto" de Nietzsche. En ese sentido, el hombre contemporáneo emprende una búsqueda intensa de su realización cosmopolita, a fin de ajustarse a una idea universalista que le redunde en un necesitado equilibrio, tal como el narrador de la novela de Melo desea con vigor alcanzar el acatamiento de una orden, de una ley supuestamente preestablecida que lo dirija hacia la trascendencia y lo aleje del espacio caótico en el que se encuentra: "La ciudad apareció de pronto. Grandes murallas. El ejército avanza y relinchan los briosos corceles. De los agujeros de la torres emergen los cañones. La luna se ha ocultado y se confunden los soldados: disparan sin saber quién es quién" (75).

Es Beatriz quien puede ocupar el lugar del mandante, quien dirija el proyecto que haga posible el sentido de la vida del protagonista. Sin embargo, Beatriz es una idealización, no existe, y sólo es una construcción imaginaria que seguirá siendo una mentira interminable. La ausencia de Beatriz también es comparable a la ausencia de un ámbito ordenado que nos hace a los hombres de finales de siglo *hijos del caos*. El caos por el cese del maniqueísmo en la sociedad, por el derrumbamiento de las ideologías que pretendían entenderlo todo.

La novela de Melo echa abajo la existencia de un punto de partida que indique un destino determinado por el cosmos. La expresión dudosa del personaje, la transfiguración de Beatriz en otras mujeres y la del protagonista en otros personajes indican la carencia de identidad. Nada posee veracidad, "todo es mentira": "Me escondo otra vez entre las sábanas. Grito: 'Tula' y aparece la vieja... Tula sonríe con su cara arrugada y me indica que no comprende lo que digo. Se parece a Beatriz... Es Beatriz vieja y fea, en estado de descomposición" (141).

De tal manera, Melo se adelantó a los hechos –en su novela impera el caos, su personaje vive en un mundo caótico, y con esto recordamos una de las doctrinas más antiguas recogida en *La Teogonía* de Hesiodo: "Antes de todo existió el Caos"– y nos mostró la indeterminación azarosa en la que no hay más orden que el de los propios humanos, o sea, el que decidamos y logremos consolidar. No nos hermana, en ningún sentido, lo estable, lo preciso, sino el esfuerzo por hallar lo firme, por ordenar donde todo es azaroso, así como el narrador lo ha dicho: "No es el principio lo que importa, de la misma manera que no cuentan las palabras... Todo es como decir buenos días, cómo estás, qué frío hace. Lo que importa son las consecuencias de todas estas cosas, de las palabras y las personas, los finales" (184).

Con esto queda en la memoria una "placentera" experiencia de lectura, pues Melo habló de lo que hace padecer al hombre. Su novela –como diría el crítico Christopher Domínguez– "habla de la vida como esa lepra que devasta la piel y tonifica la verdad metafísica".⁴

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

⁴ Christopher Domínguez Michael, *Servidumbre y grandeza de la vida literaria* (México: Joaquín Mortiz, 1998), p. 132.